CUADERNILLO LITERARIO N° 2 – CCBC
CENTRO CULTURAL BENJAMÍN CARRIÓN
Noviembre 2020

ESCRITURA, CUERPO Y PANDEMIA

Textos de Guayaquil y Quito

Presentación

- PRIMERA PERSONA DEL PLURAL / Andrés Cadena
- POEMAS / María Paulina Briones
- UR (POEMA) / María Auxiliadora Balladares
- EL MUNDO ESTARÁ AHÍ AFUERA / Solange Rodríguez Pappe
- ESCRITURA, CUERPO, PANDEMIA / Gabriela Ponce

ESTE CUADERNILLO

Este cuadernillo integra textos inéditos de varias escritoras y un escritor de Guayaquil y Quito, que han sido generados a partir de la coyuntura y emergencia sanitaria que vivimos y que están relacionados con la vida y la experiencia de la ciudad, el cuerpo y la pandemia, en contextos de muerte y desolación. La publicación también pretende establecer un diálogo entre Quito y otras ciudades del país, para pensar colectivamente y buscar nuevas articulaciones de comunicación entre ciudades y ámbitos a menudo aislados y compartimentados.

PRESENTACIÓN

Durante todo este tiempo en que hemos estado confinados, tratando de entender un contexto inesperado y hasta inaudito, las experiencias del cuerpo se han multiplicado por vías extrañas. Las costumbres se modificaron, nos vimos obligados a restringir nuestros movimientos, a encontrarnos en tareas mínimas, en desplazamientos domésticos, en quehaceres a pequeña escala. Un escenario que hubiera parecido, hace algunos meses, improbable y hasta imposible se hizo presente de modo súbito y hoy determina nuestras vidas irremediablemente.

La intención del Centro Cultural Benjamín Carrión, desde que empezamos a pensar una oferta virtual y una programación, fue sobre todo imaginar encuentros que desafíen el discurso que ponen al distanciamiento humano y al aislamiento como objetivos últimos y cuyas distintas aristas no están sometidas a discusión y no como coyunturas necesarias pero sujetas a pensamiento crítico, interrogación y debate.

A este Centro Cultural la gente lo llama «casa», Casa Carrión. El espíritu de la programación de estos meses ha buscado, que esta Casa, siga siendo una casa. Ha buscado por medio de la imaginación conceptual y estética, que el discurso se torne vulnerable en el encuentro, que el distanciamiento sea espacio de tensiones afectivas, de disposiciones y aperturas nuevas, lugar hospitalario para el despliegue del deseo, del regreso, del abrazo. En la Casa Carrión creemos que la literatura es una forma de la charla, y que la charla es un modo de la comunidad. Hemos invitado a varias escritoras y a un escritor de Quito y de Guayaquil, y les hemos pedido que nos compartan textos que de un modo o de otro articulen esos dispositivos misteriosos que son el cuerpo, la ciudad y la escritura con la pandemia. La intención no es documentar, testimoniar o registrar esas formas pasivas de la escritura, sino poner en acto una imaginación estética que torsione las implicaciones obvias del encierro, que de algún modo hagan posible el encuentro, el contacto a distancia de extrañezas íntimas y compartidas en el territorio ambiguo de lo que nos une sin que lo sepamos.

Daniela Alcívar Bellolio

PRIMERA PERSONA DEL PLURAL

Andrés Cadena

Queríamos tener cosas pero aún no sabíamos cuáles. Queríamos escuchar nuestros nombres en las voces de otros, y nos imaginábamos acudir sonrientes. Queríamos seguir frente a la tele tanto como fumar recostados mientras lo hacíamos; es que se espesaba el aire por el humo, y nos sentíamos menos solos. Intentábamos por todos los medios acumular números de teléfono en nuestras agendas de juguete. Nunca tuvimos realmente frío y nos gustaba pronunciar la palabra *césped.* Queríamos amontonar cosas que contar y queríamos que llegara la noche para salir. Solíamos caminar hacia las casas de los otros, por calles transitadas apenas por la niebla, y al timbrar queríamos abrazarnos pensando que nos encontrábamos a salvo al fin. Queríamos entrelazar los dedos con otra persona, manejar por turnos un carro prestado, arrancar sin resbalar en cuestas que bajo el sol resplandecían demasiado. Anhelábamos besar a alguien como en las telenovelas (así fue cómo aprendimos a cerrar los ojos), pero sobre todo no imaginábamos que alguien nos quisiera besar. No conocíamos la palabra *hendir.* Queríamos tener relojes atados a las muñecas para saber que aún nos quedaba noche antes del regreso. Queríamos que el alcohol nos supiera bien, y cuando ocurrió empezamos a añorar tanto y tanto desperdicio. No nos parecía necesario cerrar ventanas y sabíamos infinitas cosas de memoria. Queríamos grabar casettes perfectos cazando canciones durante horas de espera junto a la radio. Colgábamos pósters en nuestras paredes con cinta scotch que se secaba pronto y se desprendía por las esquinas; queríamos una colección de latas vacías y nunca teníamos tiempo de mirar el cielo. Queríamos que el pelo nos creciera hasta rozarnos los hombros porque teníamos mucha sensibilidad en la piel lustrosa de los hombros. Nos encantaba el vapor en los espejos. Ver fotos era algo que hacíamos sentados y al lado de otros. Pensábamos tener historias, y queríamos que calzaran en las letras de canciones que cantábamos a gritos y a solas. Queríamos –mucho– que no se nos notaran tantas cosas. No sospechábamos cuánto iríamos

a extrañar el olor de alfombra vieja, nunca pensamos tampoco que alguien podría nacer de nosotros. Nos imaginamos que enterrar el cuerpo de un perro en medio del bosque sería cosa fácil. (Nunca después volvimos al medio de un bosque.) Queríamos pensar que vivíamos en una gran ciudad pero solo era que nos sentíamos un poco perdidos; quizá era por eso que no hablábamos más que de irnos de viaje. Había tardes tan largas que solo podían llenarse de fosfenos. Nos gustaba la palabra *lentamente* pero era porque nunca la entendimos. Queríamos que las primeras veces no dolieran tanto, que nadie nos espiara cuando nos besábamos escondidos del tumulto de bailantes; queríamos ser tocados. Queríamos nunca estar desnudos, pero siempre lo estábamos. Creíamos que los colores de las cosas estaban en las cosas, y odiábamos los domingos. Contener la respiración podía ser un juego en lugar de una metáfora. Bajábamos por completo las ventanas del carro camino a la playa y teníamos que subir al máximo el volumen de la radio; queríamos disolvernos entre la sal del viento tibio, y luego llamamos vida a esa sensación irrepetible. Lo que queríamos, en el fondo, era saber leer y que nadie nos enseñara nada. En esos tiempos una fogata, por ejemplo, no era más que una fogata por fortuna. No queríamos correr, pero ocurría con frecuencia; tampoco queríamos llorar. Cuántas veces pensamos que el parquet era la forma que llevábamos por dentro. No conocíamos el significado de los sustantivos, ni sospechábamos que todas las palabras que iríamos a aprender nos servirían para tan poca cosa. Ignorábamos el esfuerzo que alguna vez haríamos por recordar algo, no nos importaba para nada la contraluz. Sobre todo, ignorábamos lo difícil que sería olvidar ciertas cosas con el tiempo. Solíamos soñar con caballos sin haber conocido alguno. No pensamos que la palabra *regreso* podría significar tantas cosas tristes diferentes. Una vez un volcán expidió cientos de toneladas de ceniza al aire, otra vez una abeja nos picó en el cuello para después morir entre las flores. Cuando nos veíamos al espejo, no podíamos esperar que todo ya pasara, y dejáramos de ser tan incompletos. Nunca tuvimos paciencia para una puesta de sol, éramos expertos en adivinar intenciones en los ojos de los otros. Queríamos que cuando alguien nos viera, le pareciera estar mirando una película en la que alguien fuma. Si veíamos pequeños charcos en la calle, sentíamos algo que pensábamos era la pena. Queríamos encontrar el momento para guiñar un ojo a alguien, pero si llegó nunca nos dimos cuenta. No nos gustaba caminar, pero lo hacíamos mucho, aun cuando lloviera, y pocas veces nos guardábamos las manos en los bolsillos. Lo que más nos gustaba era la oscuridad en una sala de cine el fin de semana, y pensamos que todo silencio debería oler a lo mismo. Procurábamos siempre estar a punto de algo y creíamos en los finales. No sabíamos qué era lo que más nos gustaba. Queríamos (a veces demasiado) que sonara

el teléfono negro de disco en casa, y apurarnos para contestar, sin notar el paisaje yermo por la ventana. Nos ilusionábamos con que fuera para nosotros. A veces lo era, y muchas veces no.

POEMAS

María Paulina Briones

Será ceniza amanecer junto a un libro infectado de nostalgia
como decir nubes cargadas de domingo
Un libro que nace del malestar del ruido
deterioro sonido aguja sobre vinyl que perdurará más allá de las palabras.

Será ceniza un libro inoculado con felicidad
como decir y al final vivieron juntas para siempre
Un libro que se escribe desde el malestar del amor
viruta la tarde y viene a mí la escritura como el Verbo
y me enciende.

Carta natal

Tauro estático contempla el tránsito de las estrellas y los fulgores; a la distancia Venus regente. Su opuesto, Escorpio, se escamotea. Amanece, la madre abre los ojos adolorida. Es 1 de mayo hora del zenit; una niña asoma la cabeza por la entraña y grita. Los padres celebran la propagación de sus vidas. Las marchas furiosas arden sobre las calles.

Es así como se pierde el paraíso.

Carta esférica

Navegar sobre una línea imaginaria tiempo de un océano
Es un archipiélago el límite
Catorce vestigios de la evolución como rocas
negras en el agua
nocturnas como cuervos vaticinadores de miserias.
Tierras volcánicas que le ganaron a la muerte

Cruz del sur visible hasta el amanecer
como guía para los posibles desplazamientos de Tauro hacia Mercurio.

Carta de defunción

50 años, mujer de baja estatura sin huella aparente de maltrato, sin marcas por lesiones o traumatismos, sin tatuajes. Imposible leer una piel sin rastros. Hora del deceso, las 3 de la madrugada. Una gata blanca de ojos azules espera al borde de su cama. Placa: Andrómeda. Habitación en perfecto orden, estanterías de libros inmaculados: solo falta un ejemplar no identificado.
Un cuerpo dormido yace en un sofá azul al costado de la cama. Una piel limpia.
Una esquela mortuoria como último resquicio de existencia, como nieve extraña cayendo cuando ha llegado el verano.
Una carta de defunción que certifica que transitó la Tierra y que ahora amortajada volverá al vacío. Tanto camino recorrido para reparar en que solo hay uno posible.

Soy una simuladora en lo cotidiano
y por eso rehúyo al sueño.

UR* (POEMA)

María Auxiliadora Balladares

Ur:
Hay palabras que no podré pronunciar como antes
Palabras que se pierden en las estrías de mi bóveda palatina
Palabras cuyo viento no rozará más mis labios
Aquellas que ya no sonarán con el tono cardiaco de mi voz
No me ha abandonado el lenguaje amigo mío
Sigue siendo un árbol de mandarina
Con fuertes raíces incrustadas en el píloro

Presta atención
Hay palabras que he escrito en nuestras cartas
Y que no he pronunciado en meses
Si digo coyote, sin embargo, los sonidos irrumpen
El lenguaje se muestra audaz
Intocado
Desmedido
Pero si digo Alicia la palabra empieza a deformarse en mi tráquea
Y cuando sale de mi boca no es más Alicia
Es un sonido gutural
La soledad de una mujer que se priva de lo que ama
Un rayo ahogado de luz cavando un hueco en la tierra
Intento decir la palabra pero no puedo
En lugar de A digo U
Y en lugar de Li digo Crrrro
Y en lugar de Cia digo los animales y las plantas se mueren como se muere la tarde.

Me haces la pregunta por los bosques que caminaré
Y yo ya no quiero bosques Ur
Ese verde tan ambiguo
No quiero afuera ni lejanía
En el encierro he entendido que habito un enorme planeta
Limitado por cuatro paredes blancas
El piso de madera es el desierto
El mueble de la sala un mamífero en peligro de extinción
Y la ventana es el Océano Índico
Yo quiero extraviar mis ojos en las plantas de mi casa
Morar en ellas
Ser el animal que las ama y que las mea
Quiero ser sus filamentos atravesados por el sol
Un habitante invisible que se duerme abrazado a sus tallos

Pienso incluso en ser el hongo aquel que se llama *botritys cinerea*
Y no soy más que un espíritu que se arranca el pellejo de los dedos
Una traidora que guarda las macetas en un cartón tan esdrújulo de lo ridículo
Y lo monta en el baúl del carro
Llevándolas lejos para no verlas más
Todo lo que deberían hacer mis huesos es secuestrarlas
E incendiarse con ellas

No me da miedo el afuera Ur
Presta atención
Nunca le hemos temido a los puentes
Ni a la locura edípica de los choferes sin volante
Tampoco a los deslaves o a las ruinas
¿Cuántas veces hemos pernoctado en ese palacio que no existe?
No me da miedo el afuera
No temo no reconocer más ese afuera Ur
Solo que ahora quiero hacia dentro
¿Está mal que haya abandonado mi adicción por los bebederos de agua?
Hoy amo el agua que reposa en un jarro transparente

Sobre el inefable mesón de la cocina
No le tengo miedo al afuera Ur
Tampoco lo desprecio
Sabes que disfruto de un lago rodeado de araucarias viejas
Pero hoy quiero concentrarme en los sonidos de mi vientre
Quiero constatar que me tengo
Que mi pecho me pertenece
Echarme sobre la cama
Cerrar los ojos
Soñar que beso las patas de un mulo
Y que le canto

Guarda este papel
Amigo mío
En un cajón sin candado
Hay palabras que ahora digo
Que mañana no repetiré

Tuya,

Ux

* De: URUX Una correspondencia – junto a Sebastián Urli–.

EL MUNDO ESTARÁ AHÍ AFUERA

Solange Rodríguez Pappe

La tos había llegado con delicada intermitencia. Primero fueron sacudones en el pecho que se le cruzaban con las palabras que le decía a su clase mientras explicaba la importancia de representar a escala una de las batallas más importantes de la independencia. Civismo y fervor. Conversaba con sus compañeros de trabajo en el secundario sobre los planes que tenía para montar en la cartelera de las fiestas patrias una cordillera con un enfrentamiento en las montañas, caballitos y soldados y pensaba que la tos era emoción por exhibir el trabajo tan inspirado de sus chicos, una tan enorme que tomaba todo el aire que le quedaba dentro.

En vísperas cuando los muchachos sacaron la purpurina roja de los tarros y la espolvorearon sobre el fomi refulgente donde se había regado la sangre de los padres de la patria, llegó el dolor de garganta parecido a un rasguño en la piel de la mucosa del paladar que ardía y que a los pocos días se sintió como una cortada que con cada trago de saliva iba rasgando su amígdala derecha. Ella tan parlanchina, paró de hablar y solo asentía con la cabeza para demostrar que casi siempre estaba de acuerdo con las ideas que tenían sus alumnos que querían poner caballos despanzurrados, viudas lloricosas y muñequitos de lego desmembrados buscando sus cabezas entre los escombros.

Su última semana de clases antes del acto escolar, se volvió aburrida entre instrucciones colocadas en la pizarra antes que prefería hablarlas, peticiones de silencio y la pésima idea de una campanilla para pedir turnos de palabra. Ese entonces la cartelera había crecido y tomaba ya dos paredes de su aula de primaria, tenía ríos sanguinolentos, ciénagas, banderas rotas, pero también vencedores que montaban dinosaurios agitando sus sombreros en un derroche de creatividad que a ella la conmovía hasta las lágrimas.

En la segunda noche en vela con la garganta prendida en fuego ya había agotado todos los remedios caseros recomendados, entre los jugos de jengibre y las cucharadas de rábanos con miel sugeridas por los colegas, que, como ella, ya hacía rato se habían acostumbrado a sufrir de faringitis crónica. Tomó el tiempo, tenía entre tanto los accesos de tos, tan violentos que la hacían sacudir de pies a cabeza. Eran de cada diez minutos. Era una tos seca y atravesada que le impedía coger sueño. Bebiendo manzanilla caliente e hipnotizándose con la estática de la televisión para poder adormecerse sin convulsiones, alguien del cuarto conjunto le gritó: Ve al hospital de una buena vez, maldita mujer.

Mal soñó que se cortaba los dedos de los pies con una tijera para termina de decorar la papelera escolar. Estaba allí, apetitosa sobre la mesa y ella se quitó las sandalias de lana raída con las que daba clases con velocidad y zas, zas, se cortó la punta de los dedos gordos que siempre le habían molestado porque eran gigantes en comparación con los demás y dejó las falanges parejas por primera vez en su vida. Ocultó bajo el papel crepé esos muñoncitos pintados de cereza, pero una de las parvularias más jóvenes los vio y empezó a dar de gritos porque creyó que eran ratones y ella perdón, perdón, me muero de vergüenza, no sé qué me pasó por la cabeza cuando hice eso y que los niños ven el reguero de sangre fresca con ojos desmesurados y todas las profesoras dicen que no teman, que es refresco y dejan caer las guirnaldas de flores y los globos colorados que pendían del techo del salón arreglado de rojo y blanco y corren y meten los muñoncitos en una fundita de sánduches donde aún hay migajas del almuerzo.

Salen con ella en una silla de escritorio, a toda velocidad, al hospital donde no hace más que deshacerse en disculpas porque ahora no sabe si eso que se hizo cuenta como accidente y si lo va a cubrir su seguro médico estatal. El enfermero va con ella a toda velocidad por salas y salas sin rumbo donde gente con caras largas espera el usual desenlace en un hospital público. Es aquí y no es aquí y todos esos relojes que jamás dan la hora exacta le dicen que lleva dando vueltas solo diez minutos sosteniendo pedazos extraños de su propio cuerpo que ahora lucen renegridos. ¿Le irán a pegar esos dedos muertos como en las películas? Y vuelven a pasar otra vez por donde las compañeras que murmuran a sus espaldas diciendo que por su culpa el área de español se iba perder el primer premio y otra vez iban a ganarlo las profesoras de historia. Al día siguiente fue a ver al médico escolar, con una base oscura en la voz como si arrastrara cadenas, y este le examinó la garganta con una espátula y una linterna minúscula. Era un hombre mulato y carnoso. De cerca olía

agradable, a desinfectante y a lavanda. Él le puso cara de mala pinta y le recomendó reposo. ¿Reposo, doctor?, replicó con la voz de quien tiene las cuerdas bocales irritadas, pero pasado mañana es el concurso de las carteleras y faltan ultimar detalles, no están listas las banderitas de los balcones ni los uniformes chiquitos de los soldados y la vio interrumpirse para toser completamente hueca, con estertores, una tos nerviosa, una tos que provenía, más que de los pulmones, del corazón extenuado.

No se preocupe tanto. Cuando se recupere el mundo todavía estará ahí afuera, sentenció. Descanse esta tarde, descanse mañana y vuelva el viernes cuando ya se haya organizado el concurso. Nada definitivo habrá pasado, entonces le contó la historia de Atlas, el titán que no se cansaba jamás de sostener el mundo. La criatura portentosa que desde el inicio de los tiempos cargaba la tierra sobre sus hombros sin mover ni un músculo de su espalda. El doctor con su barba pelirroja y sus pecas castañas sobre la nariz le sonreía con amabilidad y ella le replicaba tosiéndole incontenible en la cara porque no había metido ni un pañuelito facial en la cartera. Cuando Atlas se canse de sosteneros, soltará el mundo, pero aún falta mucho para eso. Pero a usted le falta poco para dejarlo caer. Descárguese de un par de obligaciones y va a estar bien, y se estrecharon las manos dejando la suya con un leve olor a lavanda que ella olfateó bastante rato.

En cuanto llegó a casa empezó la fiebre, un sopor aguado que levantó su cuerpo por los aires y la dejó desmayada en el sofá junto a la puerta de entrada de su enano departamento de soltera. Aplastada por una compresión invisible como cuando en ciertos periodos del mes le invadía la pena, cometió el error de hacer un inventario. Recordó o soñó que un novio de su juventud le había escrito una carta que había prometido replicar hacía meses pero no lo hizo porque entonces le encomendaron el noveno de primaria con todos los conflictos de los chiquillos de una escuela pública, con padres en pie de guerra contra el estado, era una carta triste donde él le decía que estaba empezando a sufrir la depresión de su viudez y que para aplacarla iba a empezar a aprender a tocar el piano, acordes suaves de esa cancioncita lastimosa de Alci Acosta de por qué se fue, por qué murió, y ella lo recordaba en los momentos dulces de la juventud tocando en la guitarra sobre la querida presencia del comandante en Nicaragua queriendo hacer juntos la revolución, pero terminaban haciendo todo lo que las parejas hacían juntas a puerta cerrada. Y la fiebre le hacía perder la noción de donde estaba el arriba y el abajo. Se despertaba babosa de fiebre, iba por agua arrastrando los pies a la cocina, pensaba en sus alumnos corriendo por las llanuras de mazapán sobre corceles de plástico y luego, mientras dormitaba, le pareció escuchar un estruendo y un correteo que le hizo romper algunas de las tazas de la cocina.

Pensó que eran cohetes celebrando la independencia. Calculó que eran las ocho de la noche pero aún el cielo lucía bastante claro y no alcanzó a ver ningún fuego de artificio. Tenía hambre pero las flemas que roncaban en el pecho no le habrían permitido tomar ningún bocado. Se puso de lado y sintió como si el universo estuviera aún más inclinado que antes, y con esa sensación extraña se quedó dormida prometiéndose que contestaría la carta a la primera hora del día siguiente.

Y cuando se despertó, luego de haber sentido que sobrevivía a algo tan arduo como nadar de noche, era cierto que el mundo seguía ahí afuera tal como le había dicho el médico. Como todas las mañanas abrió las cortinas y sobrecogida vio la rebanada de horizonte que aún no se había desplomado sobre la tierra, sostenía un buen coágulo de estrellas como una pesada gota que se balancea, a punto de dejarse vencer por su densidad. El resto del ambiente estaba lleno de una bruma harinosa que relucía con la luminosidad de una escenario blanco, nebuloso y seco. Supo que no era el mundo que recordaba. Ya no tendría que pensar en terminar la carta para la que no hallaba palabras ni tampoco concluir. Con todo el tiempo por delante, empezó a caminar y se incrustó en el horizonte cortado, como una primera sílaba, mientras le parecía ver a la distancia un cielo de purpurina que se desmoronaba en migajas.

Noviembre, 2019

ESCRITURA, CUERPO, PANDEMIA

Gabriela Ponce

Querido M.

Hace años que nuestra correspondencia se interrumpió. En algún momento, cuando me reclamaste, te dije que ya no tenía tiempo. En este instante, me avergüenza tanto esa afirmación. La escritura interrumpe el impulso con el que quería arrancar, para dejarme congelada frente a la frase *no tener tiempo* y me remite inmediatamente a una de las lecturas que hice en estos meses y que trataba precisamente sobre la justicia del tiempo. Y de la que me quedó grabada precisamente la frase «la injusticia más radical es la injusticia de no tener tiempo». Injusticia que vuelve a mostrarse de modo descarnado en el presente de este extraño momento, en la que algunos tenemos tiempo para curarnos y otros no, unos tenemos tiempo para contemplar, para conjeturar, para interpretar y otros no: ¿Cómo viviste tú este tiempo cuya injusticia volvió grotesca la ficción política del estado? ¿Cómo fueron los días de encierro y miedo con una criatura recién llegada al mundo, mirándote ilusionada? ¿Cómo serán los ojos de tu hijo M., tendrán la modesta alegría de los tuyos? ¿Pudiste leer en estos meses? ¿Cómo resistió tu cuerpo inquieto, desobediente, la censura y la inmovilidad? ¿Enfermaron tus amigos, tu familia? ¿Sobrevivió tu teatro? ¿Cómo fueron tus sueños en estas madrugadas, M?

Parte de nuestra correspondencia estuvo dedicada por años a narrar nuestros sueños. Yo he tenido pesadillas y también sueños hermosos. He soñado que mi cuerpo es una inmensa pepa de mango que la boca de un amante succiona con euforia y he soñado también que me disparan y morir es un sereno descanso en el que me junto con mi perra Cariño y ella me lame la herida que me ha matado y que se ubica justo en el pupo. He soñado también con las gradas de mi casa de infancia, en las que rodé tantas veces y tantas veces mi abuela me rescató para aplastarme un sucre en la frente y que no se me haga un chibolo. Qué palabra tan hermosa y tan lejana: chibolo. La otra noche, mi hijo se cayó y se lastimó.

Le conté, para consolarlo, que yo de niña me caía una y otra vez, y él mirándome con temor me pregunto: ¿Dónde estaba yo cuando tú eras chiquita? Y en seguida me preguntó, además, al ver lastimada su rodilla, y con más miedo: ¿De qué estamos hechos, Maga? Qué preguntas enormes, M., cuáles serán las preguntas incontestables y hermosas que te hará tu hijo.

Y mientras escribo esto, me vuelve a sorprender el devenir de cada escritura, cómo una palabra que en principio una lanza ingenua sobre la pantalla activa lecturas, desgaja memorias, trenza vínculos y afectos que se reactivan y se precipitan cuando el lenguaje arranca su obrar situado, se impugna a sí mismo y crea el mundo que le da la gana. Como dice Duras, si supiéramos algo de lo que vamos a escribir, antes de hacerlo, nunca se escribiría, no valdría la pena.

En la última carta que me escribiste, me contabas sobre un sueño en el que volvías a la infancia a jugar con tu juguete más preciado, un pulpo que te tejió tu mamá. Me pediste que contara sobre mi juguete favorito, y ahora que te comparto las preguntas existenciales de mi hijo de tres años, mientras intento retomar una conversación que se interrumpió hace tanto, llega desde el pasado solidario y remoto un recuerdo brillante: mi microscopio. Le conté a mi hijo, también, la historia de cuando llegó a mi casa un microscopio heredado que se transformó en un tesoro en el que mi hermano y yo perdíamos el tiempo, poniéndolo absolutamente todo bajo su lente. Gusanos anchos y blancos, piedras obsidianas, tierra, plumas y luego, finalmente, cuando nos atrevimos, nuestro cuerpo sometido a escrutinio: nuestras uñas, nuestro pelo, nuestros dientes y nuestra sangre. Un día, nos pinchamos con una aguja el dedo, apretamos para que salga el fluido y luego lo colocamos sobre la platina y por último la miramos, por turnos. La imagen era aterradora y hermosa y nuestra comprensión de nosotros, de lo que éramos, se granuló, se hizo fragmentada, frágil, apenas un conjunto infinito de puntos, eso éramos, eso somos, Antón. El cuento que le relaté a mi hijo desembocó en nuevas preguntas irresolubles, obvio, pero ahora que te lo cuento a ti, vuelve la imagen porosa, extraña, para expandirse hacia otras, para mezclarse con el presente: lo que veíamos en el microscopio era una imagen en movimiento: la separación y la conjunción, dinámica esencial de la vida. La conjunción, dice Franco Bifo Berardi, «es la sintonía provisoria y precaria de organismos vibratorios que intercambian significado. La conjunción, por lo tanto, puede ser vista como una manera de volverse otro». Volverse otro, eso que en esta pandemia aparece como el mismísimo horror, eso también es la vida. Las

células se veían a través del microscopio contentas M, de eso me acuerdo, pero también me acuerdo de una cierta melancolía en ese paisaje roto, la melancolía del recuerdo, ahí impregnado en ese movimiento (pedacitos que se acuerdan de lo que fueron juntos). La memoria, vista a través del microscopio más poderoso, construido hace poco, se revela como diminutos sacos que tienen pepitas de información más minúsculas que cruzan huecos para formar recuerdos. Son pepitas coloridas que se comunican. ¿Eso somos M? Lo que queda, lo que sobrevive, la memoria: mi hermano, ya adolescente, lleno de emoción, cuando ya no teníamos el aparato, pero lo recordábamos juntos, me dijo que al microscopio lo inventó un poeta. Y esa fue una de las últimas cosas que me acuerdo en la voz de mi hermano que, antes de morirse, estudió biología.

Hace poco, leí una noticia que me conmovió mucho: los descendientes de un médico alemán entregaron fragmentos de información a un hospital de Berlín. Eran los restos de ciento setenta y cuatro mujeres judías, todas ellas ejecutadas, que fueron entregados por los nazis, al doctor, para que el haga sus investigaciones, a cambio de desaparecer sus huellas. Habían sido asesinadas en una prisión en Berlín Occidental y él las recibía con el afán de estudiar sus cuerpos; le interesaba específicamente lo que produce el miedo en el aparato reproductor femenino. Diseccionaba los cuerpos y los estudiaba. Los pedazos, lo que quedó de esas mujeres estaba repartido en 300 láminas de vidrio para microscopio; cada una medía solo una centésima de milímetro de grueso y una pulgada de superficie. «Ínfimas láminas de ovario observadas al microscopio por varias generaciones de estudiantes, acabaron siendo enterradas con honores casi medio siglo después del fin de la Segunda Guerra», concluía el artículo.

Escribirnos fue un conjeturar delicioso siempre M., que, en la clandestinidad de nuestros días ocupados, habilitaba el devenir de cierta ilegalidad, de una escritura que no tenía ninguna utilidad (por suerte), sino el gozo por la transformación de nuestro cuerpo y nuestros días, en el lenguaje de nuestro corresponder. Eso mismo que nos pasaba a mí y a mi hermano cuando veíamos nuestras partes bajo el lente del microscopio y yo ya estaba escribiéndote: la escritura también como lo que sobrevive, ya no soy donde existo, ni donde pienso, sino donde escribo, en lo que escribo, algo que se vuelve extraño para mí, y que es un con, un nosotros, un entre liberado de toda instrumentalidad. El nuestro es un vínculo de naturaleza intermedia M., que solo a través del lenguaje ha sido experimentable.

Te confieso que en este tiempo he cometido otras ilegalidades, como por ejemplo trazar una ruta clandestina que ha sido mi posibilidad de resistencia y que lleva a las casas de mis amigas y mis amigos, a sus jardines, a sus cocinas, a sus mesas, a las que me escapado con una frecuencia que me ha hecho sentir tan irresponsable como viva. Los trayectos que me llevan a esos abrazos son ahora mi ciudad. Y un último acto de fuga, es el que cometo esta noche. Le robo el tiempo a una invitación de esta comunidad de amigos que es la Casa Carrión, para restituirle alguna justicia del tiempo a nuestra amistad: te escribo, te abrazo, me emociono al saber que, al otro lado del mundo, alguna noche, en algún tiempo, siguiendo el ritual pactado, imprimirás y leerás esta breve historia de mi microscopía.

Con todo mi amor,

G.

CENTRO CULTURAL
BENJAMÍN CARRIÓN

Secretaría de
CULTURA
grande otra vez

QUITO
grande otra vez